

Alla sera, scesa la tregua, due carri andavano raccogliendo i corpi dei cristiani per il campo di battaglia. Uno era per i feriti e l'altro per i morti. [...] In quei giorni, viste le perdite crescenti, s'era data la disposizione che nei feriti era meglio abbondare. Così i resti di Medardo furono considerati un ferito e messi su quel carro. [...]

Tirato via il lenzuolo, il corpo del visconte apparve orrendamente mutilato. Gli mancava un braccio e una gamba, non solo, ma tutto quel che c'era di torace e d'addome tra quel braccio e quella gamba era stato portato via, polverizzato da quella cannonata presa in pieno. Del capo restavano un occhio, un orecchio, una guancia, mezzo naso, mezza bocca, mezzo mento e mezza fronte: dell'altra metà del capo c'era più solo una pappetta. A farla breve, se n'era salvato solo metà, la parte destra, che peraltro era perfettamente conservata, senza neanche una scalfitura, escluso quell'enorme squarcio che l'aveva separata dalla parte sinistra andata in bricioli.

I medici: tutti contenti. – Uh, che bel caso! – Se non moriva nel frattempo, potevano provare anche a salvarlo. E gli si misero d'attorno, mentre i poveri soldati con una freccia in un braccio morivano di setticemia. Cucirono, applicarono, impastarono: chi lo sa cosa fecero. Fatto sta che l'indomani mio zio aperse l'unico occhio, la mezza bocca, dilatò la narice e respirò. La forte fibra dei Terralba aveva resistito. Adesso era vivo e dimezzato.

(I. CALVINO, *Il visconte dimezzato*, Torino, Einaudi, 1952)

Aquella noche, al empezar la tregua, dos carros iban recogiendo los cuerpos de los cristianos por el campo de batalla. Había uno para los heridos y uno para los muertos. [...] En aquellos días, dado que el número de los fallecidos iba aumentando, se había dispuesto que para los heridos lo mejor era pecar por exceso. Por eso, los restos de Medardo fueron considerados como un herido y puestos en aquel carro. [...]

Al quitar la sábana, el cuerpo del vizconde se presentó horrendamente mutilado. Le faltaban un brazo y una pierna y, además, todo lo que había de tórax y de abdomen entre aquel brazo y aquella pierna había sido arrancado, pulverizado por aquel cañonazo que le dio en el pecho. De la cabeza solo quedaban un ojo, una oreja, una mejilla, media nariz, media boca, media barbilla y media frente: de la otra mitad de la cabeza, solo una papilla. En pocas palabras, solo mitad del cuerpo se había salvado, la de derecha, que por otra parte estaba perfectamente conservada, sin un rasguño siquiera, a excepción de aquella enorme laceración que la había separado de la parte de izquierda, hecha añicos.

Todos los médicos estaban contentos. —¡Uy, menudo caso!— Si mientras tanto no hubiera muerto, incluso habrían podido intentar salvarle. Y se le pusieron alrededor, mientras los pobres soldados con una flecha en el brazo morían de septicemia. Cosieron, aplicaron, amasaron: quién sabe lo que hicieron. Lo cierto es que al día siguiente mi tío abrió el único ojo, la media boca, dilató la narina y respiró. La fuerte fibra de los Terralba había resistido. Ahora estaba vivo y demediado.